

## BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



**DON ALVARO DE BAZAN,**  
PRIMER MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

**L**as hazañas que distinguieron á los españoles para la restauracion de su monarquía desde principios del siglo VIII fueron los fundamentos mas sólidos de esplendor de la nobleza castellana. Los ricos-hombres se presentaban en la guerra con sus mesnadas y pendones al lado del monarca, para defender sus derechos y conservar su dignidad. Así lo hicieron los Bazanes, los Toledos, los Girones, los Fajardos y otros. Entre los muchos testimonios que de esta verdad ofrece la historia marítima de España fijarán por ahora nuestra atencion los inclitos hechos de *D. Alvaro de Bazan*, primer marqués de Santa Cruz, señor de las villas del Viso y de Valdepeñas, comendador mayor de Leon, del consejo de S. M., su capitán general del mar Océano y de la gente de guerra del reino de Portugal.

Nació en la ciudad de Granada á 12 de diciembre de 1526. Fueron sus padres D. Alvaro de Bazan, capitán general entonces de las galeras y naves destinadas á guardar las costas de Granada, y doña Ana de Guzman, hija del conde de Teba, marqués de Ardales: tuvo por ayo á Pedro Gonzalez de Simancas. Apenas tenia nueve años cuando Carlos V le nombró alcaide del castillo de Gibraltar por real cédula de 2 de marzo de 1535, mandando que durante su menor edad tuviese el padre la tenencia, salarios, derechos y exenciones de la capitania, prestando el pleito-homenaje y juramento de fidelidad hasta que el hijo entrase por sí mismo ó por el teniente que nombrase en el ejercicio de aquel empleo. Embarcado desde muy jóven al lado de su padre, recibió aquella educacion robusta y varonil que tanto distinguió á la nobleza de aquel tiempo. En premio de sus méritos

le condecoró el emperador en 1542 con el hábito de la orden de Santiago. Dos años despues partió D. Alvaro el padre desde Valladolid á Santander á mandar una escuadra de 40 buques: quince de ellos fueron á Flandes con 2000 españoles que llevó el maestre de campo D. Pedro de Guzman; los restantes quedaron para la defensa de nuestras costas. En tal situacion tuvo aviso D. Alvaro de que el 8 de julio se habia descubierto desde Fuenterrabía una armada de mas de 30 naos francesas que habian apresado dos vizcainas que se dirijian á Flandes cargadas de sacas de lana; y reforzando entonces D. Alvaro sus buques con alguna tropa, dió á la vela apresuradamente el 18 de julio, dirigiéndose á las costas de Galicia, que se hallaban amedrentadas con los desembarcos de tropas y saqueos horriblos que hacian los franceses. Hallábase la armada francesa exigiendo una contribucion á la villa de Maros, cuando dió sobre ella el ilustre Bazan con la suya, compuesta de 25 naos el 25 de julio, dia del apostol Santiago. La capitana de D. Alvaro embistió á la francesa con tal denuedo, que la echó á fondo con su gente; y arribando luego sobre otra nave enemiga que venia en socorro de la primera, la rindió tambien. Al cabo de dos horas derrotada y rendida la armada enemiga y degollados mas de 3000 franceses con solo 300 muertos y ahogados de parte de los españoles, se retiró la armada vencedora á la Coruña conduciendo gran número de presas. Cupo mucha parte en tan feliz jornada al jóven Alvaro, que sin cumplir los 18 años de su edad, asistió intrépido al lado de su padre.

Preparado así para el mando y direccion de las fuerzas navales, le nombró el rey en 1554 capitán general

de una armada destinada á guardar las costas de España y proteger la navegacion de las Indias interrumpida por los corsarios franceses; á los cuales escarmentó muy pronto, ya combaliéndolos y apresándolos bizarramente, ya infundiéndoles tal pavor y miedo que dejaron libre la comunicacion con los países de Ultramar y tranquilos los habitantes de nuestras provincias marítimas.

En 1561 fue nombrado capitán general de diez galeras que anduvieron en custodia del estrecho de Gibraltar y de las costas de Poniente. Los moriscos del reino de Granada mantenían pérfidas y perjudiciales relaciones con los Berberiscos y aun con el Gran Señor; y estos les protegían infestando nuestras costas. Así lo hicieron en 1563 con Oran y Mazalquivir, en cuya ocasión fueron prontos y eficaces los auxilios de D. Álvaro. No hacían menor daño los corsarios franceses, ingleses y escoceses, que sin observar los tratados de paz que sus príncipes tenían con España robaban nuestras naves, é interrumpían nuestras comunicaciones con las colonias. Felipe II dió instrucciones muy severas, para que se les tratase como á piratas; y D. Álvaro á fuerza de vijilancia, de valor y de fatigas logró escarmentar tan maldosos enevigis, é infundirles respeto y consideracion á las armas españolas.

Túvose por cierto á principios de 1564 que la armada del Turco bajaría aquel año al Mediterraneo: alarmáronse al momento, como era natural, todos los príncipes cristianos; y Felipe II mandó á D. Álvaro para consultarle las providencias que tenía dadas y las que convendría tomar. De resultas le mandó pasar á Vizcaya y embargar y disponer cuantas naves hubiese útiles en aquellas costas y en las de Santander, Asturias, Galicia y Andalucía. Asegurado después el rey de que el Turco no verificaba aquel proyecto, resolvió hacer la conquista del Peñon de Velez de la Gomera, que era la guarida de los corsarios berberiscos. Nombró para esta empresa á D. García de Toledo, y tuvo en su buen éxito una parte muy principal D. Álvaro de Bazan.

La armada salió de Málaga y llegó al Peñon, consiguiéndose al fin la ocupacion del fuerte ó castillo principal el 6 de setiembre, entrando en el Don Álvaro con los demas caudillos. Propúsoles entonces D. García ir á cegar la boca del rio de Tetuan para quitar aquel asilo á los piratas y corsarios, y pareciendo bien al rey Don Felipe, le encargó su ejecucion á Don Álvaro de Bazan, quien aprestó en el puerto de Santa María algunas galeras y varias chalupas y barcas grandes, donde mandó meter la piedra, labrarla y hacer el betun con que se había de trabar, y saliendo de Ceuta reservadamente, llegó á la boca del rio con 11 navios, sus galeras y bergantines, y á pesar de la obstinada resistencia de los moros, dejó perfectamente cerrada la entrada del rio, y salió con su escuadra para Ceuta, Tanger y Cadiz, se dirigió después á perseguir con cinco galeras á los corsarios enemigos, logrando tomarles tres fustas y repararlas otras tres de que se habían apoderado.

Con la noticia de las disposiciones del gran turco para enviar su armada á los mares de Italia, se dirigió desde Cartagena á Barcelona con 1500 soldados, tomó seis tropas, y juntó hasta 35 galeras, con las cuales partió para Mesina. D. García de Toledo le llevó al socorro de Malta, y contribuyó poderosamente al feliz éxito de aquella memorable jornada. Fué uno de los consejeros de D. Juan de Austria para la resolucion de los negocios que ocurrían, y en 1568 le nombró el rey capitán general de las galeras de Nápoles, donde á costa de repetidos combates, de muchas presas y de un valor y actividad sin ejemplo, logró ser el genio tutelar de aquellas costas. En la pacificacion de los moriscos del reino de

Granada, confiada á D. Juan de Austria, desempeñó varias importantes comisiones en mar y tierra, regresando luego con sus galeras á guardar y defender las costas de Italia.

Por estos servicios le espidió Felipe II en 19 de octubre de 1569 el título de *Marqués de Santa Cruz*. Veinte años antes había contraído matrimonio con su prima Doña Juana de Zúñiga y Bazan, hija mayor de los condes de Miranda. Algunos años después quedó viudo Don Álvaro con solo cuatro hijas, y contrajo segundo matrimonio con su parienta Doña María Manuel, hija del conde de Santistevan, de la que tuvo tres varones. A principios del año de 1570, se cometió al marqués la empresa de socorrer á la Caleta amenazada por los argelinos, y con sus 20 galeras dejó asegurada aquella fortaleza y volvió á unirse á la armada coligada, llevando consigo dos buques turcos que había apresado en su navegacion.

En la memorable batalla de Lepanto mandó el marqués la cuarta escuadra, compuesta de 30 galeras, y socorrió oportunamente á la tercera escuadra al mando de Barbarigo, y á la capitana en que iba el generalísimo D. Juan de Austria; mató muchos turcos con su artillería, mató 200 españoles en la real, y volvió á su puesto. Socorrió á D. Juan de Cardona, á quien ocho galeras turcas tenían en grande aprieto. La real, la patrona del comendador mayor y las capitanas de su Santidad y de Venecia, socorridas y reforzadas por Santa Cruz, pudieron auxiliar á otras y acometer, rendir y llevar presas muchas enemigas. Abrió por la popa á la capitana del gobernador de Alejandria, y peleando dentro de ella denodadamente la rindió habiendo recibido dos arcabuzazos en la rodela, acometió á 35 galeras turcas que procuraban ampararse en los puertos cercanos, apresó algunas, y á las demas las hizo embarrancar en la costa, sin que de todas se salvaran mas de cinco.

En la jornada de Mordon, el marqués de Santa Cruz con la capitana de Nápoles ganando el barlovento á la galera fuerte y lucida de Mahomet Rey, la embistió al abordage, y la rindió después de hora y media de combate con muerte de Mahomet, prision de Mustafá general de los genizaros, y libertad de 220 esclaves cristianos; sin que las armadas que estaban á la vista pudiesen socorrerlos en este empeño que presenciaron con pavor y admiracion.

Destinado en la conquista de Túnez con 250 soldados veteranos y otros capitanes á ocupar los puestos delante de la plaza, acreditó sus conocimientos en el arte de la guerra, y sorprendiendo al enemigo, entró en Túnez y tomó posesion de la fortaleza, municiones, víveres y demas provisiones.

En 13 de enero de 1582 nombró el rey al marqués de Santa Cruz capitán general de la jornada ó empresa contra las Terceras, sin dejar de serlo de las galeras de España. El combate con los rebeldes se verificó el 26 de julio, componiéndose la armada enemiga de 60 buques, y la española de 25 naos y 5 pataches, ahondando el marqués á la capitana enemiga, y rindiéndola después de una horrosa matanza, en que fueron degollados mas de 400 franceses, y fue prisionero, herido mortalmente el general de la armada francesa Felipe Strozzi con 25 señores de estados ó pueblos de Francia, otros 51 caballeros y 313 entre soldados y marineros.

Allanada la conquista de las islas Terceras, aconsejaba el marqués al rey mandase prevenir lo necesario para que al año inmediato se hiciese la de Inglaterra, persuadido de que las usadias de los ingleses en nuestras islas de Puerto-Rico y Sto. Domingo, y los daños hechos en ellas por el ingles Francisco Drak, debían enfocarse en su roia conquistando aquel reino. Aprobó el rey su dic-

támen, y mandó reunir en Lisboa la armada y el ejército necesario, nombrando capitán general para la ejecución de esta árdua empresa al mismo marqués de Santa Cruz; pero cuando este se ocupaba con la mayor eficacia en la habilitación y arreglo de buques y demas aprestos, adoleció gravemente y murió en Lisboa el día 9 de febrero de 1588. Fue conducido su cadáver á la iglesia parroquial del Viso, y el 18 de enero de 1643 se le trasladó al panteon propio que los señores de la casa tienen en el convento de San Francisco de aquella villa, conforme dejó ordenado.

Celebraron al marqués las musas castellanas, y cantaron sus proezas y virtudes D. Alonso de Ercilla, Lope de Vega, Luis Barahona de Soto, Miguel de Cervantes, Benito Caldera, Juan Ochoa de Lasalte, D. Alonso Coloma, y varios militares que supieron unir al estruendo de las armas los dulces ecos de sus lirás.

Un escritor coetáneo del marqués de Santa Cruz reunió sus hazañas en estos términos: «Rindió 8 islas, 2 ciudades, 25 villas, 36 castillos fuertes; venció 8 capitanes generales; 2 maestros de campo generales, y 60 señores y caballeros principales; soldados y marineros franceses 4753; ingleses 780; portugueses rebeldes 6450; turcos, moros y moras que hizo esclavos 6243; cautivos cristianos á quienes dió libertad 1568; apresó ó tomó 44 galeras reales, 21 galeotas, 27 bergantines, 99 galeones y naos de alto bordo, 7 caramuzales (embarcaciones turcas de transporte), 3 cárahos moriscos (embarcaciones usadas en Levante), y 1 galeaza; y ganó en todas las ocasiones 1814 piezas de artillería.

## EL BAILE DE LAS SERPIENTES.

En todos los países se encuentran hombres que vinculan su existencia en la credulidad y curiosidad de los demas; pero en ninguna parte abundan tanto como en la India. No bien desembarca un extrajero en sus playas, cuando una turba de escamoteadores, bailarines y litereteros le sitian, disputándose el honor de entreternerle y divertirle por la miseria de un fanon (unos seis cuartos).

De todos estos, los que mas admiran á los europeos son indudablemente los que hacen bailar á las serpientes.

Es muy comun este espectáculo en la costa de Coromandel, y tanto allí quanto en las demas partes de la India, abundan estas serpientes y las llaman *Cobra de Capellos* ó serpientes peinadas. La largura ordinaria de estos reptiles es de tres á cuatro pies, y su color dominante el amarillo con pintas negras.

La cualidad que distingue á estas serpientes de las demas especies, es su excesiva sensibilidad para la música; cuya pasion, si puede así llamarse respecto á un animal, es mas fuerte en ellas que en las serpientes blancas. Es esto tan cierto, que una vez sabido el agujero á donde se acogen, desde luego es cosa asegurada el apoderarse de ellas por medio de la música.

Los indios que ganan la vida enseñándolas, son tambien los que las cazan; y no siendo generalmente conocido el método que usan para cogerlas, creemos que no dejará de ser interesante la siguiente escena ocurrida en la casa del gobernador de Pondichery.

Durante la comida llegó un criado á dar aviso á la familia de que una gran *cobra de capellos* habia entrado en la bodega. Se dió al instante orden de ir en busca de un cazador de serpientes, y todos fueron en su compañía á la bodega. Despues que el Malabar hubo recono-

cido todo el sitio para averiguar el escondrijo de la serpiente, se sentó sobre los talones, y se puso á tocar un instrumento parecido en su configuracion al caramillo ó flauta pastoril, pero que tenia cierto sonido chillon como el de la gaita.

Apenas habia trascurrido un minuto, cuando un *cobra capellos* de casi tres pies de longitud, salió de debajo de una estera, se colocó á corta distancia del hombre, hizo un movimiento de oscilacion con la parte superior de su cuerpo, y dilató su buche; señal evidente del placer que la animaba. Cuando todos los circunstantes examinaron á su satisfaccion este efecto de la música en el reptil, se hizo una seña al Malabar, que cogiendo al animal por la punta de la cola le llevó con la mayor rapidez y le puso en un canasto destinado á guardarlo. Antes de agregar á uno de estos reptiles á la compañía de los que bailan, lo cual se hace con todos los de esta especie, es indispensable quitarle los medios de que dañe.

Para conseguirlo se dejó en plena libertad á la serpiente sobre el terreno, y se la provocó, sacudiéndola con un pedazo de tela roja fijo en la punta de un palo, hasta que se la obligó á tirarse furiosa al pedazo de tela que mordió con tal violencia, que dejó clavados en él sus dientes. Entonces se la cojió otra vez por la cola y se la volvió á acomodar en el canasto.

Los canastos en que se encierra á las serpientes, y de los que generalmente lleva cada uno de los indios una media docena, son chatos, redondos, y sujetos como los platillos de una balanza á las dos puntas de un palo de bambú que llevan al hombro.

Quando el que guarda las serpientes las enseña al público empieza por colocar los canastos en semicírculo delante de sí, y va sacando de ellos las serpientes una á una. Al sonido de la música el animal se endereza, casi una tercera parte de su cuerpo se apoya en tierra, su buche se dilata y se mueve balanceándose, cuyo impulso proviene de las rodillas de la persona que toca el instrumento.

La última habilidad que un Malabar hace que ejecuten las serpientes es la de acariciar al instrumento que las excita. Toca cierta tonada particular, y acerca el instrumento al reptil que por su parte reposa la cabeza sobre él, y se enrosca despues con señales de la mayor complacencia.

## EL ZAPATERO.

### I.

En la mas alta boardilla de la casa que yo habito, vive el viejo Lamparilla, Zapatero el mas bendito que remendára en Castilla.

En el barrio está querido por su honradez y su empleo: tiene fama de leido, y es de todos conocido por lo chistoso y lo feo.

Cará ojuna y amizada, mirar adusto y severo, nariz achá, remangada, oreja grande, y bolada de encasquetase el sombrero.

Sin frente desde las cejas va á unirse con el cogote; solo tiene unas guedejas



por detras de las orejas  
donde se limpia el cerote.

Dejóle sola una hija  
su difunta Nicolasa,  
que por enclenque y canija  
la llaman la *Sabandija*;  
y esta gobierna la casa.  
Pasa las noches en vela  
trabajando con afán,  
y á los golpes de la suela  
entona una cantinela

que le enseñó el sacristan.  
Muchas veces se impacienta,  
y agarrando el *tirapie*,  
al pobre gato caliente  
porque deja *no se qué*  
tapado con la herramienta.  
Por la mañana se baja  
á su portal predilecto;  
y el tiempo que no trabaja  
á sus amigos encaja  
el Desiderio y Electo.



Con el sastrero y el trapero,  
desplegando su elocuencia,  
satirico y chocarrero  
hace alarde el Zapatero,  
de su *politica ciencia*.

Si refiere alguna accion  
de gaceta extraordinaria,  
él hace la explicacion  
con madura detencion  
en su mesa estrafalaria.

Y del modo mas sencillo  
planes militares forma,  
y hace á una bota castillo,  
plana mayor á un martillo,  
y general á una orma.

Luego pretende arreglar  
la hacienda y guerra civil,  
y es divertido escuchar  
como á todo sabe dar  
un corte zapateril.

Abortado de un seron,  
sale tizado mohino  
el carbonero Pepon,  
y levanta la sesion  
con unas copas de vino.

Con su niña á poco rato,  
en paz y en gracia de Dios,  
come el viejo en pobre plato.  
¡Impaciente mira el gato  
comer á los otros dos!

Al toque de la oracion  
se recoge el Zapatero,  
y allá en su camaranchon  
vuelve á entonar su cancion  
como pájaro agorero.

El Domingo apenas brilla  
matutino resplandor,  
se levanta Lamparilla,  
y se viste y se cepilla  
con elegancia y primor.

Calzon de roñosa pana  
con historiada chaqueta,

medias azules de lana,  
y un chalequillo de grana  
es su gala mas completa.

Al ver su porte y aseo,  
el pobre viejo se engrie,  
toma su vara y chapeo,  
y se marcha de bureo...  
la Magdalena le guie.

## II.

Ora quiero demostrar  
que en este mundo traidor,  
segun adágio vulgar,  
el justo suele pagar  
la pena del pecador.

Bebe y triunfa el Zapatero;  
se alegra y se regocija;  
y en manos del tabernero  
encomienda su dinero:  
¿quien paga el pato? su hija.

La taberna se cerró,  
allí el sudor de su frente  
el majadero dejó;  
y aunque pelada, sacó  
la cabeza bien caliente.

A un negro guardacanton  
se abalanza con fiera,  
gritando "dáte, ladron"  
¡desgraciado remendon!  
¿como tienes la cabeza!

De perros viene seguido  
alborotando la calle:  
ya su niña le ha sentido;  
y esclama con un gemido,  
¡valgame Jesus del Valle!  
¡Ojos que te vieron ir,  
hermoso, como unas platas,  
ora te miran reñir  
con los perros, y venir  
por esas calles á gatas!

Trastornada la mollera  
con el hijo de la ava  
yace al pie de la escalera.  
Allí como niño, espera  
que Sabandija le suba.

La muchacha, con temor,  
santiguándose primero,  
toma á cuestas á su autor,  
rayéndose á lo mejor  
sobre el candil el sombrero.

Apurado el sufrimiento  
de aquella mansa cordera,  
abrumada y sin aliento,  
con desfallecido acento  
le dice de esta manera.

“Padre, bien puedo temblar  
3, los domingos y las fiestas.  
3, Como me hace usted sudar!  
3, temo que voy á dejar  
3, el pellejo en una de estas.”

El la responde: “Despacha:  
3, no te propases... ¡hribona!  
3, dale hola ¿estás borracha?  
ay! esclama la muchacha:  
3, no puedo ya con la *Mona*.”

En cada paso que da,  
- encomendándose á Dios,  
diez minutos tardará.  
Escalones faltan ya  
tan solo noventa y dos.

En fin á la madrugada  
su pena término tiene.  
A Dios, hija infortunada:  
ya te quedar descansada  
hasta el domingo que viene.

V. P. y N.

## COSTUMBRES.

### UN DIA PERDIDO

ó

#### LAS VISITAS DE CUMPLIMIENTO.

(Este artículo fué leído por su autor en el Liceo artístico y literario de esta Corte).

AMOR, dulce tirano de la vida,  
que á tu poder sujetas y avasallas  
cuanto en su vasto seno el mundo encierra;  
que en el mar, en el aire, y en la tierra  
animando te hallas  
la creacion entera á tí rendida;  
yo, rudo trovador, mísero y triste,  
en quien la activa llama de tu fuego  
en juveniles años encendiste  
por darte adoracion humilde llevo  
á tu dorado templo;  
y siguiendo el ejemplo  
de cuantos en el orbe han cultivado  
la excelsa poesia,  
esforzándome á hacer mas acordado  
el ronco acento de la lira mia,

si tu influjo me inspira y puede tanto,  
te rendiré homenaje con mi canto.

Yo cantaré tus glorias y alabanzas,  
y cómo los mayores imposibles,  
por extraños caminos indecibles,  
con tu solo querer puedes y alcanzas.  
Y haré ver que de tí tan solamente  
cuanto en el universo siente y vive,  
la vida y ser recibe,  
y solo por tu impulso vive y siente.

Tambien yo sentiré en el alma que estos versos hayan gustado á mi auditorio, porque no hay mas por ahora; y si han caido en gracia casualmente, me queda el escozor de no haber concluido tan afortunada composicion. En fin pase por *fragmento*, una vez que los *fragmentos* son tan de moda, que no solo se recitan, se leen ó se publican fragmentos de composiciones poéticas, sino que se escriben adrede y deliberadamente; que es como si un arquitecto se dedicara á hacer un friso ó un capitel; y como si á un sastre se le ocurriese hacer un cuello de levita, ó á una modista el ala de un sombrero.

Así, ni mas ni menos, ha sucedido con mi ya leído *fragmento*, que se quedó en tal estado, por haberme interrumpido, cuando le estaba escribiendo, un primo mio, que tiene tambien el seso en su *fragmento* que por inclinacion ó por necesidad *fragmentos*. Las cosas á un tiempo, no *fragmento*, ó bien por entrambas letras y á la *fragmento* penosa tarea de escribir, tenemos que sufrir otras muchas calamidades la plaga de los imoportunos que vienen á interrumpirnos el trabajo, precisamente en lo mejor de la inspiracion; y sin embargo no tenemos arbitrio para resistir esta importunidad, ni se nos concede el derecho de enfadarnos por ella. Si á uno que va andando por la calle, se le llegara otro por detras, y agarrándole de los faldones de la levita, le impidiera continuar su camino ¿qué sucederia? Que el detenido le afeara su proceder, y quizá, quizá le pagaria el favor con un par de mogicones; y todo el mundo diria que habia hecho divinamente. Si cualquiera de VV. se pusiera cuidadosamente á encender una chimenea, y cuando ya fuese levantando llama, llegase yo con un jarro de agua, y arrojándosela le apagase el fuego, ¿no es probable que el encendedor me tiraria á la cabeza las tenazas y los fuelles, ó se vendria tras mí á darme de tizonazos, como hacen los diablos del infierno con los músicos de aficion y con los malos traductores? Pues ahora bien: el que interrumpe á otro cuando está escribiendo (siendo el que escribe escritor, y no escribiente) le trata mucho peor que si le apagase la chimenea, ó le atajase en la calle el paso, pues que en efecto le apaga el fuego de la invencion, y le ataja el paso del discurso; y merecia, ya que es causa de que tal vez se queden en el tintero los mas bellos pensamientos, que se le tiráran los pensamientos, esto es, el tintero á la cabeza.

Estas y otras reflexiones hice yo á mi interruptor en tono muy serio, sacando por todo fruto que se riyese á carcajadas de la seriedad, de las reflexiones, y de quien las hacia. El hecho fué que la composicion quedó sin concluirse; y yo de mal humor, y aburrido con un contratiempo que tal vez me arrancaba el principio del tallo de la primera hoja de laurel de la corona, que acaso me prepara la posteridad; de todas maneras yo estoy muy preocupado á favor de los tales versos que no hice, porque tengo tal idea formada de mis grandes disposiciones para la poesia, que vivo persuadido de que mis mejores versos serán siempre los que me deje por hacer.

Viéndome entonces el dichoso primo de tan mal ta-

lante, quiso emendar su yerro, y para distraerme le ocurrió proponerme que nos fuésemos juntos á hacer visitas. — Visitas! exclamé yo. ¿Qué son visitas? — Visita es, me respondió él muy de presto, el acto de visitar. — ¿Y qué es visitar? le pregunté. — Visitar es ir á ver á su casa á las personas que uno conoce. — Y para qué? pregunté de nuevo. — Para qué! para qué! qué preguntas tienes? Para visitar... para verlas, para conservar las relaciones de amistad... — O mas bien, interrumpí yo, para importunar á la persona que se visita; para interrumpirlo, como tú á mí, en sus que-haceres; para quitarle el tiempo, que es el robo de mas cuantía que puede hacerse en este mundo, para estorbarle en el plan de sus ocupaciones forzosas ó voluntarias... — Eso es, me dijo él, con que los hombres que viven reunidos en sociedad no han de verse, no han de tratarse, no han de visitarse...? — Te diré, volví á responder; los hombres deben verse en parages públicos, como el paseo y los espectáculos; deben conocerse en reuniones útiles, como corporaciones, sociedades científicas, artísticas, literarias, ó filantrópicas; deben tratarse cuando el comercio recíproco de sus ideas ó de sus negocios dé lugar á ello; deben trabajar amistad cuando mutuamente se reconozcan dignos del nombre de amigo; y por último, deben cultivar esta amistad con utilidad de unos y otros, y sin molestia de ninguno.

Si todos observasen estas reglas; si los hombres no anduviesen de un lado para otro, juntándose y separándose sin utilidad ni provecho, otro sería el aspecto de la sociedad en general; y no se declamaría con tanta razón contra el trato y comercio del mundo. — Bellas teorías, me respondió el importuno; bellas teorías, que reducidas á práctica son imposibles y absurdas: teorías que tú mismo no observas, y que ahora se te antoja proclamar, ó porque en este momento estás de mal humor, ó porque quieres hacer del filósofo, del misántropo y del extravagante.

Confieso que esto último me picó, porque tengo por sistema el no señalarme haciendo rarezas, ni ridiculizarme con extravagancias: y viendo el primito que ya me iban haciendo efecto sus persuasiones, volví á la carga con tal ímpetu, que no tuve otro arbitrio sino rendirme á discrecion, y prometí echar la mañana á perros; esto es, á hacer visitas de cumplimento. Hecho el convenio, comencé á vestirme. Pasó por alto las operaciones del tocador, que como apresuradas y de mala gana, y quizá tambien influidas por el hado fatal que para mí reinaba en aquel dia, fueron á cual mas desaventuradas. Cuando acabé de afeitarme, el gato se vino desde la cocina á lamer el suelo al olor de la sangre y las piltrasas; cualquiera hubiera pensado, viéndome tan mal herido, que volvía de un desfilio ó de una empeñada accion de guerra. Á fuerza de parches de Lafatan inglés me cubrí la cara de manera, que en cualquiera baile de máscara hubiera podido ahorrar de careta. Entró despues la operacion de arreglar la corbata, mas difícil para mí que el componer un soneto, y eso que no soy ningún Lope de Vega; pero por fortuna mi primo creyó que en este punto era caso de conciencia el ayudarme con su intervencion; y en menos de doce minutos, y con no mas de otros tantos sílteres, despues de haberme hecho creer por varias veces que trataba de estrangularme, me fabricó el lazo mas complicado, protuberante y magnífico que ha visto en corbatas el Prado de Madrid.

Salimos por fin á la calle dispuestos á visitar á medio mundo, provistos de sendas targetas, y yo por mi parte pidiendo á Dios de todo corazon que no encontrásemos á nadie en casa. La primera en que nos embocamos (porque era preciso buscar visitas en que mi primo y yo

tuviésemos que cumplir), fue la de una Señora que habia tenido la bondad de darnos parte de su esponsamiento, ó por señal de afecto, ó por mayor publicidad del caso, ó por dar colocacion á un ejemplar mas de las elegantes esuelas, impresas con mas variedad de caracteres que suele tenerla de metros un drama moderno. Yo no habia correspondido á esta atencion con la visita acostumbrada á los Señores novios, pero mi primo sí, y áinda mas, la habia visitado (tanto era el tiempo transcurrido) cuando dió á luz el primer fruto de su matrimonio; ítem, cuando con toda felicidad habia salido al mundo el segundo-génito; y por último, decia mi primo, ya que no la habia visitado de recién casada, justo es que la consuelos de recién viuda: su marido ha perdido la vida en campaña, de suerte que estará la pobre mujer inconsolable. Declaro paladinamente, que oyendo esto, me afeba yo á mí mismo tal descortesía, y subiendo la escalera iba haciendo propósito de borrar mi falta á fuerza de consuelos. Tocamos la campanilla, abrimos la puerta, y una criada nos precede hacia el gabinete de la Señora. Lo mismo fue anunciarlos, que sentirse dentro del aposento algun rumor como de mover los muebles, pero nosotros no hicimos alto en ello, y nos entramos de rondón, hallando á la enlutada viudita sola con un galguito inglés que hizo ademán de mordernos las pantorrillas, por vía de saludo. Estaba su ama ineluctablemente recostada en una poltrona, con el semblante algo entecido, sin duda de tanto llorar, y cierto sí de distraccion, como de quien no puede dominar sus penas.

La silla en que yo me senté me pareció bastante caliente, así como si en aquel momento la hubiera desocupado otra persona, pero esto es que en el gabinete no habia nadie mas que la Señora y el perrito.

No pudimos mi primo y yo evitar que la conversacion recayese en la reciente desgracia, y con esto nuevas lágrimas acudieron á los ojos de la sensible viuda, y de sus labios salieron patéticas invocaciones á los manes del difunto, y sinceros juramentos de eterna fidelidad. Yo me sentí conmovido, y para distraerme volví á otro lado los ojos; cuando noté que el galguito se habia acercado á la puerta de una alcoba, y mirando atentamente hacia adentro, empujaba las orejas y menaba cariñosamente el rabo. Esta ocurrencia del maldito perro, el calor del asiento de mi silla, el rumor que al entrar nosotros se habia oído..., eran tres cosas sin relacion ni analogía; mas ello es que comparándolas entre sí, empecé á creer menos desamparada á la viudita, y á confirmarme en la idea, de que nuestra primera visita no habria sido muy agradecida. La abreviamos, pues, cuanto nos fue posible, y ya puestos en la calle, mi primo no pudo menos de convenir conmigo, en que la Señora viuda se habria alegrado mas por aquella mañana de que no nos hubiésemos acordado del santo de su nombre.

Sin embargo, fue preciso llevar adelante el proyecto. Subimos hasta un cuarto tercero, en donde por no estar los Señores, ó porque nos dijeron que no estaban, dejamos en nuestra representacion un par de targetas. De allí fuimos á otro llamado tambien cuarto tercero, no obstante de que en esta casa habia un piso mas; pero está visto que los entresuelos no entran en Madrid en cuenta para medir alturas. — ¿No te parece, decia yo á mi primo, que es cosa divertida esta de andar de una parte á otra sabiendo y bajando escaleras, y todo para buscar gentes que se alegren uno de no hallar tanto como ellas de no ser halladas? Pues esto es lo que se llama hacer visitas de cumplimento. — Él siempre encontraba respuesta á estas objeciones, y siguiendo sin hacerme caso, me arrebató á otra casa, en donde hallamos la sala caajada de visitas del uno y del otro sexo. Nuestra



llegada produjo una completa revolucion; mas luego que todos se habieron quietado, la conversacion volvió á animarse; los hombres escuchábamos, las mujeres hablaban todas á un tiempo, y cada cual con la que tenia á su lado, no curándose del resto del auditorio. En esto á la Señora de la casa le ocurrió dirigirse á mí, llamándome Sr. ESTUQUIANTE, y con esto todas las miradas se fijaron en mi persona con un aire de curiosidad capaz de sonrojar á otro que tuviese aun menos vergüenza.—¿Cómo está el Liceo? me preguntó.—Sigue bien, señora, dije yo; ahora últimamente acabamos de hacer las últimas reformas de las últimas constituciones, que regirán por lo menos toda la cuaresma.—¿Y las sesiones de competencia son siempre tan brillantes?—Si señora: cuando los literatos que han de leer sus composiciones asisten y se prestan á hacerlo, cuando los músicos que han de cantar y tocar no están roncos ni mal humorados, y cuando á los pintores que están de turno les viene en voluntad el manejar los pinceles, entonces está el Liceo verdaderamente delicioso.

Aquí acabó nuestro diálogo, y como yo conocí que el haberme dirigido la palabra había sido por efecto de cortesania, quise tambien dar conversacion á la Señora, y la pregunté si adelantaba mucho su niño mayor en el colegio.—Hace ya dos años que es capitán y está en el ejército.—Ojalá sea enhorabuena: pero le consolaré á V. de su ausencia la compañía de su hermana.—Yo le diré á V., contestó la buena señora, como hace solos estoree meses que se casó, es todavía demasiado poco tiempo para que se resuelva á dejar á su marido por estar con su madre; mas adelante ya será otra cosa.—No estrañe V., señora, dije yo entonces algo turbado, verme tan poco instruido de los sucesos de su familia, porque me ha sido imposible en todo este tiempo tener el gusto de ver á VV.: hasta que hoy ya le recordé á mi primo que estaba en obligacion de venir, porque V. habia tenido la bondad de ofrecerme esta casa cuando se mudó á ella....—No señor, no fue esta casa, ni la otra que vivimos anteriormente, sino la que tuvimos antes en la calle del Prado.—Esta última pifia me acabó de desconcertar, y así, haciendo señas á mi primo, salimos á toda prisa para ocultar mi turbacion.

Pero todavía me reservaba la suerte el lance mas comprometido de una visita de cumplimiento en otra casa á donde fuimos en seguida, y que tambien estaba demasiado concurrida por mi desgracia.

No sé quien habia allí que tuvo la ocurrencia de pedirme noticias del teatro de la guerra, suponiendo que como periodista deberia de estar muy enterado. Yo entonces, por no dejarle mal, quise esplayarme, y empecé á referir en tono de narracion histórica los pormenores de cierta accion. Ponderé lo muy empeñada que habia sido, el gran número de heridos y muertos de una y otra parte, y últimamente cité por sus nombres los diferentes regimientos de todas armas que habian tomado parte en el combate. Entusiasmado con mi patética narracion no reparé en el efecto que hacia en mis oyentes, hasta que una Señora que estaba á mi lado rompió á llorar con toda su fuerza. Todos la rodearon entonces, y esforzándose á consolarla: «sosiéguese V., le decian, quizá no será verdad lo que dice este caballero, porque al fin es periodista.»—Eres un imprudente, me dijo en esto mi primo; esta Señora es mujer del comandante Alvarez, que segun tus malditas noticias debe de haberse hallado en esa sangrienta accion que has estado pintando.—Señora, señora, grité yo entonces: V. dispense mi indiscrecion, porque no temia el honor de conocerla; pero deba V. estar enteramente tranquila por la suerte de su esposo el comandante Alvarez. Ma cons-

ta positivamente que no se ha hallado en la accion, porque el general le habia enviado con alguna fuerza en busca del asientista de provisiones de aquel ejército, á quien se ha pillado en cierto enjuague, con orden expresa de fusilarle donde le hubiese á las manos.—¡Ay, mi marido! dijo dando una gran voz una señora vieja que al lado de la chimenea estaba: mi marido es ese que van á fusilar; y diciendo esto le entró una convulsion que la hizo caer desde la silla dentro de la chimenea. El fuego prendió al instante en una manteleta que llevaba entretelada de algodón, y á unos lazos de cinta que tenia por adorno en la cabeza. Todo se volvió entonces voces, llantos, alboroto y confusion. Yo causa de aquella inmensa rebugina me arrojé á socorrer á la Señora que ardia como un saco de paja; agarro mi cape y se la echo encima logrando sofocar el fuego de la manteleta; quiero asir del peinado para hacer lo mismo, pero la infeliz llevaba peluca, y yo me quedé con todo el postizo ardiendo en la mano, dejando descubierta á la intempería y á vista de los circunstantes, aquella desnuda y deforme esclavera.

Contemplé cualquiera el efecto de tan desagradable escena, y figúrese cual seria mi solocacion y pesadumbre. Ni sé como ni cuando salí de aquella casa; solo puedo decir que ya dentro de la mia, y teniendo á mi primo al lado le reconviene agriamente por su diabólica idea, origen de todas mis desgraciadas aventuras, y despues de mil pestes y reniegos contra mi indiscrecion y necedad insudita, hice voto y juramento solennemente de no volver jamás en mi vida á hacer esos que se llaman visitas de cumplimiento.

A. M. S.

## CRÓNICA.

### ATENEO DE MADRID.

#### SECCION DE LITERATURA.

Sesion del viernes 22 de febrero.

El tema señalado para la conferencia era el *Examen de las unidades dramáticas* propuesto por el Sr. Segovia, á quien el Sr. Presidente invitó á abrir la discusion.

En su consecuencia tomando la palabra dicho Sr. Segovia comentó por asegurar que su ánimo al proponer la cuestion indicada, no habia sido otro que el de escitar á la seccion á debatir un punto en el cual se proponia aprender y no entrar en discusiones delicadas; porque habiendo llegado ya el caso de haberse hecho dudosas la mayor parte de las doctrinas literarias, queria salir, por una parte lo que las reglas de las unidades tienen de cierto respecto de la naturaleza, y por otra á qué términos racionales pueden estas reducirse, sin tocar en los extremos de la estricta severidad de los preceptos, ó del total quebrantamiento de los mismos.

El Sr. Alcalá Galiano despues de aplaudir la modestia del Sr. preopinante, á través de la cual dijo se describia su conocimiento en la materia y su adhesion á la observancia de las tres unidades, manifestó que no podia convenir en su opinion respecto de estas por creer firmemente que las reglas de que se trata carecen de fundamento sólido, y no han sido jamas sino obra exclusiva de los preceptistas así como cree que precisamente se debe al quebrantamiento de esas reglas los mas escogidos frutos del teatro. Para esplayar su juicio en la materia dijo que cuando en el siglo pasado se impuso á España la doctrina de las tres unidades fue admitida y respetada con tanta veneracion, que menos escrúpulo hubieran tenido en quebrantar

el ayuso que ninguna de las tres unidades. De este respeto supersticioso por la observancia de las reglas, dijo, había participado el mismo en su juventud y defendióla con empeño; pero que mirando actualmente las cosas de otro modo distinto, se veía precisado á sostener la opinión contraria.

Entrando en la cuestión, manifestó que solo en la tragedia latina, en la italiana y la francesa se veía observada la regla de las tres unidades desde que los preceptistas la establecieron; pero no así en el teatro griego, que no la conocía, como tampoco el español antiguo ni el alemán. El teatro moderno, sin embargo de no ser sus obras las mejores que se han escrito, también ha rechazado el yugo de aquella regla; pero abunda en defectos, y tal vez se deba á ellos el descrédito atribuido á la inobservancia de las reglas.

La única unidad, añadió, que siempre ha sido deseada es la de acción porque lleva consigo la unidad de interés; y esta es ciertamente la más importante; si bien puede haber acciones dramáticas en las que no se observe con todo rigor la regla de unidad, y sin embargo exciten un interés completo. Así se verifica en la tragedia de *Los Horacios*; en ella hay dos acciones una el triunfo de estos; otra la desesperación de Camila por la pérdida de su amante en la pelea, y sin embargo interesan vivamente una y otra. En el *Quijote* de Cervantes se logra igualmente un interés muy vivo sin estar observada la unidad de acción.

Pasando luego á hablar de la unidad de tiempo, dijo que si hubiese de seguirse en su observancia su verdadero espíritu, los sucesos de la acción dramática deberían limitarse á los que estrictamente se pudieran verificar en el tiempo que dura la representación. Pero siendo imposible esto, se han visto precisados los preceptistas á conceder el espacio de un día ó día y medio. Y habiendo ya en esta concesión una verdadera falta de verosimilitud ¿por qué ampliar la unidad de tiempo á este espacio y no á cuatro días, á quince ó á un mes? Para corroborar su opinión hizo un paralelo respecto de esta unidad entre el *Cid* de Corneille y las mocedades del *Cid* de Guillen de Castro, y dedujo que en la observancia de esa regla por el primero había mas inverosimilitud que en el quebrantamiento de la misma por el segundo.

Como consecuencia de esta doctrina, sostuvo que la ilusión teatral no dependía de la observancia de las reglas, sino del interés producido por la acción, los caracteres y demás condiciones dramáticas. Y que así en este género como en la novela y demás composiciones de ingenio, la ilusión producida por ellas en el alma, es como el sueño, que jamás tiene en cuenta el tiempo transcurrido en sus delirios. En comprobación de lo cual citó algunas composiciones dramáticas en que la ilusión teatral era completa, á pesar de la falta absoluta de aquella unidad, sin que bastase á destruirla la escuela clásica introducida por *Luceo*, la cual fue únicamente literaria pero jamás popular entre los españoles.

En cuanto á la unidad de lugar dijo ser de menos importancia que las otras. Los griegos no la conocieron, porque su teatro á causa del atraso material en que se hallaba, ni tenía candelas, ni techado, ni bastidores, ni nada de cuanto en los nuestros puede facilitar la mudanza de escena. En aquel se presentaban muchos lugares á la vez y pasaban de unos á otros los actores cuando la acción lo exigía. En las comedias españolas, en los dramas de Shakespeare y en la *Semirámida* de Voltaire, se trasladan los personajes de un aposento á otro sin destruirse por eso la ilusión; prueba clara de que esta no depende de la observancia de aquella regla.

Añadió sin embargo que no pretendía con lo dicho aplaudir los desaciertos de los que ahora se llaman románticos. Que en su sentir el mal de estos consiste en no serlo realmente, y en ser opuestos á los clásicos; porque intentando desviarse de la escuela de estos y seguir un rumbo enteramente contrario, dan en un extremo por evitar otro; huyen de Scila y se estrellan en Caribdis.

Resumiendo cuanto había manifestado, dijo; que el espíritu de examen propio del siglo en que vivimos, así en literatura como en política, induce á no tener por sagradas las reglas clásicas, así como también á no aplaudir los desaciertos del romanticismo. Y pues veía los muchos bienes producidos en la poesía dramática por el quebrantamiento de las reglas, no podía menos de apoyarle sin aplaudir el exceso; mucho menos en los escritores románticos del día, que en su sentir son, generalmente hablando, malos escritores. La época del drama, continuó, ha pasado ya; porque se está representando actualmente otro drama de mucha mayor importancia como es el de la política,

en el cual todos por necesidad somos actores; y concluyó diciendo que pues la época es nueva, nuevos los intereses, nuevas las instituciones y todo en suma nuevo, debía ser igualmente el drama.

Contestando el Sr. Segovia á todo lo dicho, volvió á insistir en que no fue su ánimo tomar parte en la discusión; y por lo tanto se había abstenido de emitir opinión alguna sobre la materia; pero á pesar de eso le había combatido el Sr. Galiano creyéndole sectario de una ortodoxia literaria de que no pudo haber dado el menor indicio. El Sr. Galiano, continuó, ha apoyado algunos dramas porque en ellos se ven quebrantadas las reglas; pero no por eso ha probado que del quebrantamiento de estas resulte el mérito de aquellos.

Pasando en seguida á examinar la índole de las unidades dramáticas, consideró su relajación contraria á la naturaleza; y con este motivo manifestó nuevamente los más vivos deseos de ver fijados de un modo claro, indudable y no sujeto á discusiones sutiles y perpétuas, el límite que debía darse á la regla de las tres unidades.

Habló de la naturaleza y origen de ellas, según la doctrina admitida por los filósofos, demostrando que el haber estos establecido la regla de las tres unidades, proviene de la dificultad con que el hombre fija su atención con energía sobre el conjunto de una composición de cualquier naturaleza que sea, cuando carece de la unidad indispensable. Y que si bien no merecen ser observadas con todo rigor la de tiempo y lugar, la de acción no puede menos de prescribirse como sumamente necesaria; sin que baste á destruir este principio tal cual ejemplo de algún ingenio feliz que logre excitar el interés desatendiendo de la regla; porque ciertamente los grandes ingenios están autorizados para el quebrantamiento de todas ellas, si libres de ese yugo consiguen producir grandes obras.

Por último concluyó diciendo, que examinada la cuestión acerca de la observancia de las unidades dramáticas, y sin admitir por su parte ninguna opinión esclusiva en la materia, tan ridículo le pareció el empeño de señalar un término fijo á la imaginación humana, como extravagante el conceder la franca libertad para que trasgase todas las leyes de la razón y conveniencias literaria.

El Sr. Galiano volvió á hacer uso de la palabra para enunciar otra idea acerca de las unidades de tiempo y lugar. En estas, dijo, hay un mal grave, el cual consiste en creerse generalmente que dentro de la estrechez á que obliga su observancia, se puede sin embargo pintar un verdadero carácter teatral. Esto, añadió, no es exacto; lo que se consigue pintar en tan reducido espacio, no es un carácter, sino una abstracción. Todo lo contrario sucede salvando la barrera de las reglas; entonces es cuando únicamente se puede pintar un carácter, esto es, desmenuarle, presentarle bajo todos sus aspectos, con todos sus accidentes. El *Hamlet* de Shakespeare, por ejemplo, no puede ser pintado en 24 horas; porque no era posible presentar en tan corto espacio todos los rasgos peculiares suyos que pueden darnos idea exacta de aquel personaje singular. Y por último, añadió, que bajo el rigor de las reglas, en lugar de caracteres solamente se presentan pasiones, afectos, de lo cual se ven ejemplos palpables en las tragedias de Racine y de Corneille.

Concluida la ampliación del Sr. Galiano y juzgándose conveniente trasladar la conferencia á otra sesión, se dió por terminada la de este día.

J. de la R.

## CAJA DE AHORROS

DE MADRID.

El Domingo 3 del corriente ingresaron en Caja 36.186 rs. impuestos por 153 individuos, de los cuales los 93 fueron nuevos imponentes.

Se devolvieron en el mismo día 2088 rs. reclamados por tres individuos.

Hoy Domingo está abierta la Caja de Ahorros, y se reciben en ella los depósitos desde cuatro rs. á trescientos inclusive, y hasta mil la primera imposición cada individuo.